



AL MARGEN DE LA HISTORIA

Paula Rodríguez Estrada

AL MARGEN DE LA HISTORIA



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Paula Rodríguez Estrada

ISBN: 978-84-10082-48-9

ISBN digital: 978-84-10082-49-6

Depósito legal: M-3380-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre, por regalarme su amor por la lectura a través de sus libros favoritos y hacer que se convirtiesen en los míos.

A mi padre, por haber dedicado tantas noches a leernos historias fantásticas.

A Blanca, por ser poesía y a Iñaki, por ser música. Y ambos, sin saberlo, convertirse en una fuente inagotable de inspiración.

Y a mis abuelas. A las tres.

Esta es una historia de tantas, tejida entre el dolor por lo perdido y la esperanza por recuperarlo. Cualquier remoto parecido con la realidad de lo que pasó en esos días es puramente casual. Cualquier nombre, ciudad o acontecimiento que resuene en nuestras memorias solo ha servido para contar la historia de Manuela.

1. Manuela

27 de febrero de 1937,

Pozoblanco, El Valle de los Pedroches, Córdoba

Aquella mañana desperté con un cuerpo desnudo a mi lado que todavía apestaba a alcohol y tabaco. Me levanté de la cama con cuidado, intentando no despertarle, e invadida por la vergüenza y la culpabilidad de haber hecho eso que, a golpe de Biblia, tantas veces habían tachado de pecaminoso y prohibido. Pero también con el orgullo de, una vez más, haberme saltado las reglas impuestas a las mujeres. Excitada por tener a un hombre en mi habitación y nerviosa, calculando las posibilidades de que se marchase de casa sin que nadie se enterase de que había pasado la noche conmigo. Yo nunca quise vivir conforme a las normas sociales, pero a lo largo de mis veintiocho años de vida había aprendido a tejer dos personalidades: la de la misa del domingo, que me permitía vivir tranquila en el pueblo, sin miradas y sin murmullos, y la de la atea y feminista de puertas para adentro.

Mi acompañante se llamaba Harold y le conocí unos días atrás cuando fue a La Gran Taberna, el bar de mi hermano Miguel y mi cuñada Agustina, junto a un grupo de periodistas ingleses que habían decidido venir al pueblo unos días a descansar de lo que ellos llamaban «la primera línea de batalla». A mí me parecía insultante que dijese eso, que yo supiese ninguno había cogido un fusil en su vida. Alardeaban de ser héroes, pero lo hacían escudados detrás

de una cámara de fotos y una máquina de escribir. Bebían whisky como si fuese agua y lo poco que hablaban en español era para dirigirse a nosotros, con la misma lengua de trapo de los borrachos del pueblo, y fanfarronear sobre sus hazañas bélicas.

Harold Adrian Russell Philby, para sus compatriotas Kim Philby, era un periodista inglés nacido en India. Era un hombre de pelo castaño y piel y ojos claros. Alto, fuerte y con una voz grave que me resultaba muy atractiva. Un seductor nato que sabía de sobra cómo desplegar su encanto de galán inglés. Llegó a España desde Portugal al comienzo de la guerra y sus primeros destinos para cubrir la contienda fueron en Andalucía, donde llegó a ser detenido tras una corrida de toros por ser lo que denominaron «un extranjero sospechoso». No sé de qué sería sospechoso, creo que tendría más que ver con el estado de embriaguez en el que podrían haberle encontrado. Probablemente fue esa crónica de falsa rebeldía lo que hizo despertar cierta simpatía en mí y cada noche que coincidíamos en el bar me parecía más gracioso su acento al hablar en español y más hipnóticos sus ojos azules. No es de extrañar que tras unos cuantos chatos de vino, y de decirle a Agustina que no me importaba cerrar el bar, lo acabase subiendo a mi casa.

Me acerqué a sus cosas y vi que de su cartera de cuero marrón sobresalían varios folios mecanografiados con lo que, supuse, eran sus próximas columnas para el diario londinense para el que trabajaba. Comencé a leer y cada frase, cada palabra, cada punto y cada coma, me daba más asco que la anterior. Párrafos y párrafos alabando al generalísimo, al caudillo, a Francisco Franco. Quería vomitar. De pronto su olor me pareció nauseabundo e insoportable, la atracción que había sentido horas atrás se desvaneció junto con la idea que había creado sobre él. Me acerqué a la cama que habíamos compartido y le desperté sin ninguna delicadeza.

—Tú, rubiales —aunque realmente era castaño claro—, levántate y sal por la puerta de atrás del bar. Como le hables a alguien

de esto, te corto los huevos —le dije zarandeándole e imitando el movimiento de unas tijeras con mi mano derecha.

No sé de dónde saqué la entereza para hablarle de ese modo. Quizá fue la sensación de traición y engaño y la vergüenza por haberme dejado seducir por semejante rata fascista. A las mujeres se nos suponía cierta educación y servilismo al hablar con los hombres, no obstante, yo no estaba dispuesta a comprometer mi orgullo en pro de la arcaica cultura de este país.

—¿Qué te pasa, Manuela? —me preguntó en tono suave, hablando despacio y con cara de no entender nada.

Le lancé la ropa mientras le gritaba:

—¡Lárgate de mi casa, que eres un mierda! ¡Me he acostado con un fascista! Tendrás rostro pálido escribiendo esta basura.

En mis palabras quedaba patente la rabia y por eso empleé ese insulto tan de casa, tan de mi madre y sobre todo tan visceral. Ni siquiera intenté disimular ser disidente de esas ideas retrógradas que defendían los sublevados. Cogí uno de los folios y me puse a leer en alto, sin bajar el tono:

—Va a liberar a España de la opresión republicana. Va a construir una nueva España... —tuve que parar de leer por el asco que me producía escuchar toda esa propaganda en mi propia voz.

—No lo entiendes, Manuela, no... No lo entiendes —intentaba aclararme, sin poder mirarme a los ojos y mientras se vestía rápidamente.

—¡Que te follen, malnacido! Que cuando vuelva no estés —y me fui a la cocina dando un portazo.

Me anudé con fuerza la bata que llevaba superpuesta a la cintura, intentando descargar mi rabia, preparé un café y me puse a llorar. «Si sólo había sido un polvo, como tantos otros con Miguel en Madrid», pensé. Me sentí aún peor por comparar a un fascista con Miguel, con mi Miguel, bueno, ahora el Miguel de Josefina. Todos esos pensamientos empezaron a inundar mi cabeza. La culpa, la culpa, la maldita culpa cristiana sobre la que habían levantado un imperio. Me sequé las lágrimas y me levanté de la silla de la cocina,

fui a la habitación a comprobar que se había ido el sinvergüenza de Philby y cuando me disponía a darme un baño, con la esperanza de despegar su olor de mi cuerpo, me gritó mi sobrina Manolita desde la Taberna.

—¡Tita!, han llamado de Pedroche. Se ha puesto una mujer de parto y no hay nadie que la pueda atender.

Y así, en los cuarenta minutos que separan Pozoblanco de Pedroche en bicicleta, olvidé el rostro y el nombre del repugnante Kim Philby.